

Mercedes Benito
El origen de la sabiduría

Cada día le fatiga más caminar. A causa de la enorme barriga que le ha ido creciendo en los últimos tiempos, solo le apetece estar echada y dormir. Por otra parte, Eva carece de ocupaciones, excepto abanicarse de vez en cuando con una hoja de acanto, la reina del jardín, o aplastar algún mosquito latoso de un manotazo.

Esta tarde, de pronto, una sacudida le retuerce las entrañas y un intenso dolor le arranca unos gritos que sobresaltan a Adán. Él descansaba unos metros más allá a la sombra de un granado florecido, después de haber arreglado el jardín, por mandato de Dios y porque le gusta mantenerse activo. Asustado, acude veloz a su lado. El dolor se repite cada poco. Y, con él, los gritos.

Eva recuerda con nitidez la primera vez en que notó una agitación desconocida dentro de su tripa. Enseguida barruntó que guardaba relación con el crecimiento anormal de esta. Adán también había observado la protuberancia y se lo comentó extrañado. La mujer hallaba placentera aquella sensación interna y comenzó a acariciarse el vientre con parsimonia. La brisa del atardecer la arrullaba con su canción.

A medida que el bulto se agrandaba, más disfrutaba de las sensaciones que le provocaban unos golpecillos misteriosos. Le sonaron a promesa, y así fue como la conciencia de la monotonía entró en su vida. Todo lo necesario se halla al alcance de la mano y el tiempo carece de contornos, como un cielo sin nubes. El edén no le proporciona emoción alguna más allá del aburrimiento, ahora lo tiene claro.

En realidad, este palpito ya revoloteaba a su alrededor; sin embargo, ni siquiera se atrevió a reconocerlo para sus adentros, mucho menos a confesárselo a Adán, por temor a herirle. Este hombre, su hombre, siempre ha estado ahí, no guarda recuerdos anteriores a él; de hecho, cuando abrió los ojos por primera vez, se lo encontró mirándola. Y sonriéndole. Más tarde, cuando ya germinó la confianza entre ellos, le contó que ella había salido de su costilla mientras dormía. Eva debió de amagar un gesto de duda porque él le mostró una leve línea, apenas perceptible, en el costado, el único vestigio del acontecimiento. Ella no había reparado en aquella marca.

Aunque sufrió un impacto al despertar –le siguió contando–, enseguida le agradó aquel ser, parecido a él pero con unas diferencias notables. Cierto que vivía rodeado de toda clase de animales y que la enorme variedad de plantas le embellecía la mirada. Es verdad que se divertía atribuyendo nombre a cada cosa, como Dios le había encargado, jugando con los sonidos de la naturaleza, pero se sentía solo. Y cuanto más observaba a Eva, más le complacieron los rasgos de su cara, sus redondeces, la tersura de su piel, tan distinta a la suya, recia y peluda. Y sin saber cómo, las manos de ambos se activaron. El viento plácido de Adán cedió el paso a un torbellino preñado de intensidad. A raíz de ese cataclismo, inventó el nombre de su mujer: Eva, que significa “fuente de vida”. Toda una intuición.

No niega que las olas de placer cuando unen sus cuerpos también la envuelven a ella, unas veces con mayor fuerza que otras, en especial cuando él se demora en las caricias y en los besos, lo que no siempre ocurre. Tal vez por rutina o por un defecto de imaginación, que viene a ser lo mismo, el interés de ella comenzaba a decaer, probablemente el de los dos. Tampoco se lo confesó a él ¿quién se atreve a abrir un avispero si no cuenta con un elixir contra las picaduras?

El cosquilleo reciente que brota de su barriga le aporta una cualidad diferente, excitante, como si sus vísceras y su imaginación hubieran despertado. A su lado, lo

anterior palidece. Hasta entonces ni siquiera había fantaseado con que existiera algo más allá de lo abarcable con la vista.

Esta tarde, que lentamente va mudando a noche, entre contracción y contracción, entre alarido y resoplido, comprende que algo importante le sucede, que su vida está a punto de cambiar.

Adán, compungido, le acaricia la cara brillante de sudor, le aprieta la mano. Un grito sigue al anterior... De repente, algo se rasga y, sumida en fluidos sin nombre, asoma una cabecita entre las piernas de Eva. Ambos se miran con sorpresa, asustados y maravillados a la vez. Enseguida, el instinto se pone en marcha y sabe cómo dirigir los movimientos de ella y las manos de él, hasta que el pequeño ser que ven semejante a ellos estalla en llanto.

Eva y Adán lo observan, lo tocan, lo huelen, lo chupan. Se miran atónitos, extasiados, todavía no saben si felices. El concepto aún no ha sido creado.

Al fin, le salen las palabras a la parturienta.

–Hemos de darle un nombre a esta criatura.

Adán –que apunta inquietudes literarias, como se verá más adelante– no duda un instante: ¡Le llamaremos *Asombro!*

Eva asiente, definitivamente feliz, y Adán corre a abrir la cancela del Paraíso.